



Artículos

Desplazamientos forzados en el *Triángulo Norte* (Honduras, Guatemala y El Salvador)

*Carolina Sampó*¹

Hace más de una década que la violencia urbana azota a las sociedades centroamericanas. Aunque es un fenómeno estrechamente vinculado a la expansión y el fortalecimiento de las Maras, es imposible dejar de lado la violencia estructural existente en ese lugar del planeta. A pesar de que se trata de una forma distinta de expresión de la violencia, las guerras civiles que se desarrollaron durante los años ochenta y forzaron la movilización masiva de inmigrantes hacia el norte del continente, parecen ser el antecedente inmediato de la situación que vive esa región en la actualidad.

De acuerdo con un reciente informe de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) en las Américas, entre los años 2010 y 2014, se registró un incremento del 410 % en el número de solicitantes de asilo en Estados Unidos, al tiempo que en el caso de México el número de solicitudes se triplicó. Sin embargo, estas cifras no consideran el flujo de inmigrantes ilegales que es cada vez más elevado. En este sentido, estadísticas oficiales dan cuenta de que en los primeros ocho meses del corriente año, México deportó a más de 100 mil personas provenientes del Triángulo Norte, mientras que Estados Unidos hizo lo propio con 46 mil individuos. Sin duda, aun cuando es casi imposible llegar a una estimación real de la cantidad de inmigrantes ilegales que se han desplazado a causa de la violencia urbana, es claro que el número es varias veces superior al de las migraciones legales. Si, para el año 2014 Estados Unidos había recibido poco más de 40 mil solicitudes, los 46 mil deportados en los primeros ocho meses de ese mismo año hablan de por los menos el doble o el triple de inmigrantes ilegales (considerando que 1 cada 2 o 3 inmigrantes ilegales fuera apresado y deportado).

Pero más allá del número de inmigrantes, lo más preocupante es la franja etaria en la que se concentran los desplazamientos. Jóvenes y niños ocupan un lugar central; de acuerdo con algunas estimaciones, durante el año 2014, cerca de 60 mil ingresaron a los Estados Unidos huyendo de la violencia urbana encarnada por las pandillas centroamericanas. En este sentido, es necesario no perder de vista que San Pedro Sula en Honduras, sigue siendo la ciudad más violenta del mundo de acuerdo a la cantidad de homicidios (187) que registra cada 100 mil habitantes, mientras que Tegucigalpa y Guatemala se ubican en sexto y octavo lugar respectivamente. Llama la atención la ausencia de San Salvador de la lista de las 50 ciudades más violentas del mundo pero no debe perderse de vista que los números refieren al año 2014 y la violencia en El Salvador ha recrudecido muchísimo en los últimos meses, tal como referimos en el informe anterior. De allí que es factible pensar que el año próximo, San Salvador vuelva a estar presente en los primeros lugares de la lista.

¹ Doctora en Cs. Sociales (UBA). Magister en Estudios Internacionales (UTDT). Licenciada en Ciencia Política (UBA). Ex becaria doctoral y posdoctoral del CONICET. Docente de la Universidad de Buenos Aires y de la Universidad de Palermo.

De acuerdo a la investigación realizada por Elizabeth Kennedy, la causa central de las migraciones es la violencia. En las más de 300 entrevistas que realizó a niños migrantes salvadoreños se pudo ver que el 60% de ellos mencionaba al crimen, las amenazas de las maras o a la violencia como el motivo de su desplazamiento. De hecho, casi 200 entrevistados mencionaron que tenían al menos una pandilla en su vecindario, mientras que quienes no observaban dicha presencia dijeron que esperaban que llegaran pronto. Incluso, llama la atención la referencia a la presencia de pandillas cerca y en las escuelas. De acuerdo con esta investigadora, la sensación de “estar cercados” por las pandillas es generalizada.

En este sentido, no es sorprendente que las familias opten por la seguridad de sus niños y jóvenes, al tiempo que postergan la unidad familiar. Además, tal como fue publicado por la Universidad Tecnológica de El Salvador y El Comité de Estados Unidos para Refugiados e inmigrantes en un informe de diciembre de 2013, el 59% de las mujeres y el 57% de los hombres aceptaron haber renunciado a sus Derechos Humanos durante la migración mostrándose dispuestos a soportar violaciones, asaltos, secuestros, trabajos forzados y hasta la muerte para acceder a un futuro mejor para ellos y sus hijos.

Vale decir que muchas veces las migraciones a través de las fronteras son precedidas por desplazamientos internos e incluso las migraciones ilegales intentan ser evitadas por pedidos de solicitudes que son rechazados en más del 80% de los casos en lo que hace a Estados Unidos. Finalmente, muchos caen en manos de organizaciones criminales que especulan con sus expectativas y cobran fortunas por llevarlos lejos de la violencia cotidiana.

Sin duda el problema tiene al menos tres aristas: en primer lugar, es necesario destacar el rol de las organizaciones criminales, ya sea a la hora de forzar los desplazamientos como resultado de la violencia que ejercen en lo cotidiano o a la hora de sacar partido de la necesidad de migrar de aquellos que sufren dicha violencia. No necesariamente se trata de la misma organización criminal (de hecho, en general son distintas), ni tampoco es que esas organizaciones se dediquen a los mismos “negocios”, sin embargo, comparten un objetivo económico. En segundo lugar, no podemos perder de vista una sociedad que no sólo se siente desprotegida por un Estado débil que no es capaz de garantizar su subsistencia, sino que ha ido envejeciendo y casi no cuenta con jóvenes en su haber. ¿Cuál será su futuro? Finalmente, es necesario destacar el lugar que ocupan las sociedades receptoras, que muchas veces ven la reproducción de pautas violentas en sus sociedades, en gran medida porque no encuentran la forma de integrar a los inmigrantes, sean legales o ilegales.

En este contexto, tanto Estados Unidos, como México y los países del Triángulo Norte se encuentran frente a un gran desafío: cómo reducir hasta hacer desaparecer la violencia urbana, de forma tal de evitar los desplazamientos forzados. En este sentido, la cooperación parece ser la clave central para alcanzar el objetivo.